

pre mantenida ni explicada por la investigación reciente. Esta es la importante aportación del estudio de Whybray, que muestra, al mismo tiempo, cómo la orientación yahwista impregna las recopilaciones más originarias. Sin embargo, el proceso concreto propuesto por Whybray, por el que llega a formarse cada unidad en sí misma, a base de diversas redacciones previas a la redacción final queda en el ámbito de la hipótesis. Las sucesivas etapas propuestas para la redacción de Prov 1-9, así como las agrupaciones en pares o en pequeños grupos de los proverbios breves, resultan en algunos casos un tanto forzadas e, incluso, innecesarias para explicar la redacción final del libro. Con todo, los análisis realizados sobre la terminología y la temática son de enorme utilidad para comprender el desarrollo del texto.

G. ARANDA

Domingo RAMOS-LISSÓN-Marcelo MERINO-Albert VICIANO (eds.), *El diálogo Fe-Cultura en la Antigüedad Cristiana*, Ediciones Eunat, Pamplona 1995, 313 pp., 15 x 23.

Entre los días 17 al 19 de noviembre de 1994, tuvo lugar un Simposio Internacional organizado por el Instituto de Historia de la Iglesia de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra con el título «El Diálogo Fe-Cultura en la Antigüedad Cristiana».

En el libro que comentamos en estas páginas, recientemente publicado por los profesores Domingo Ramos-Lissón, Marcelo Merino y Albert Viciano, se nos ofrecen las Actas de esta reunión científica, que congregó a más de un centenar de profesores y especialistas en ciencias de la Antigüedad.

La obra recoge un buen número de estudios, en los que desde diversos ángulos: filosófico, teológico, histórico-artístico, político y sociológico, especialistas de estos campos abordan tres áreas consideradas como las más relevantes en el mundo antiguo: el pensamiento, la comunicación y las instituciones. Sin embargo, en contra de lo que podría dar a entender la pluralidad de temas y enfoques a los que hemos aludido, el libro es algo más que una mera recopilación de trabajos sobre la Antigüedad.

Hay un hilo conductor de los diversos estudios que encontramos esbozado tanto en el telegrama que Juan Pablo II dirigió a los asistentes, como en la presentación de las Actas que hace el prof. Domingo Ramos-Lissón, y en las palabras de bienvenida del decano de la Facultad de Teología, prof. Pedro Rodríguez: el estudio del diálogo entre fe y cultura que

se dio en la primera evangelización puede ofrecer elementos válidos para el diálogo entre fe y cultura en el que la Iglesia se encuentra empeñada actualmente.

Este hilo conductor lo expone con más extensión el Card. Poupard en la primera de las ponencias publicadas, la conferencia de apertura del Simposio. El Card. Paul Poupard, en su ponencia titulada «Los Padres de la Iglesia: actualidad de una inculturación de la fe» hace una breve pero enjundiosa síntesis de lo que fue la actividad intelectual y pastoral de los Padres de la Iglesia. Según el Card. Poupard, los Padres de la Iglesia, tomando como criterio de discernimiento la revelación, realizaron una doble tarea: evangelizaron y crearon cultura. Tres son los momentos —encuentro, asimilación y diferenciación— de este proceso de inculturación, que se apoyó tanto en la actividad intelectual como en la misma vida de los cristianos.

El modo en que se llevó a cabo este proceso, en campos tan fundamentales para la antigüedad como el pensamiento, la comunicación y las instituciones, es lo que ponen de manifiesto los once estudios que se publican en esta obra.

Cuatro trabajos se dedican a la primera de estas áreas, el pensamiento. En ellos se estudia el diálogo entre los escritores cristianos y la filosofía griega. Tres de ellas, que tienen por autores a Henry Chadwick, G. C. Stead e Ysabel de Andía, se centran en el ámbito helénico (San Justino, San Atanasio y Dionisio Areopagita, respectivamente), donde el desarrollo filosófico alcanzó las cotas más elevadas, y la cuarta, de Vittorino Grossi, se circunscribe a la figura de San Agustín en el Occidente latino.

Henry Chadwick, profesor de la Facultad de Teología de la Universidad de Cambridge, en su ponencia titulada «El diálogo entre los apologistas cristianos y la filosofía: el caso de san Justino mártir» muestra, en una lograda síntesis, la formación intelectual y el itinerario espiritual de San Justino, que sinceramente afanado por la búsqueda de la verdad, pero decepcionado por las muchas deficiencias de sus maestros, llega a la plenitud de su condición de filósofo cuando se hace cristiano. Su conversión al Logos revelado, es decir, a Cristo, lo impulsa a concebir las categorías filosóficas griegas desde una perspectiva nueva.

G. Christopher Stead, también docente en la Facultad de Teología de la Universidad de Cambridge, en su trabajo «El papel de la filosofía en la escuela teológica de Alejandría» ofrece su impresión sobre lo que supone la influencia del platonismo en la cristiandad de Alejandría (ss. II-IV).

Para Stead, Clemente es el indiscutible pionero de un serio compromiso del cristianismo con la filosofía. También en Orígenes y Atanasio, imbuidos de platonismo, se advierte la existencia de un compromiso predominante con la sagrada Escritura, que les permite desligarse de esta filosofía en puntos concretos —por ejemplo, sobre el origen del mundo—, y comprometerse con una doctrina en la que Dios inicia un proceso en el tiempo creando de la nada.

El trabajo de Ysabel de Andía, directora de Investigación en el C.N.R.S., nos traslada al final del siglo V. Andía explica, en «La Teología y la filosofía en Dionisio el Areopagita», que la obra del Areopagita implica la conversión del helenismo al cristianismo. Dionisio, como se observa en su *Teología Mística*, da al lenguaje místico, fundado sobre la Escritura y la tradición, una teología aplicándole la estructura filosófica afirmación-negación del *Parménides*. Gracias al neoplatonismo se representa la unión con Dios como una unión más allá del intelecto.

Por su parte, Vittorino Grossi, del Instituto Patrístico «Augustinianum», en su trabajo «Agustín, teólogo de la antropología cristiana. Nota sobre su somatología», nos presenta la antropología, y más concretamente la somatología, de san Agustín (354-430) como un ejemplo ilustrativo de la recepción cristiana de la antropología platónica. San Agustín supera el neoplatonismo como consecuencia de una reflexión teológica de la Biblia, pero no lo abandona, sino que utiliza sus presupuestos en servicio de una perspectiva mayor.

Estas cuatro comunicaciones sobre el dialogo antigüedad-cristianismo en el ámbito del pensamiento, van seguidas de otras cuatro que abordan este mismo diálogo en el campo de la comunicación.

Hubertus Drobner, profesor de la Facultad de Teología de Paderborn, explica en su comunicación «La relación entre la *Paideia* griega y la enseñanza cristiana (ss. II-IV)» que, hasta el s. IV en el que se verifica la transición definitiva al sistema educativo cristiano-monástico, la Iglesia se contentó con adaptarse al sistema escolar pagano, distinguiendo sus contenidos útiles de los peligrosos y añadiendo su enseñanza propia. Es interesante la justificación que se ofrece a este modo de proceder: el cristiano consideraba esta educación como formación necesaria del pensamiento y, por tanto, como preparación intelectual para el estudio de las Escrituras Santas porque ya la literatura y la cultura paganas contenían una primera y aún inconsciente revelación.

Quacquarelli, docente en la Universidad de «La Sapienza», en su trabajo «El mito como sujeto de culto y el mito como medio de comunica-

ción social en la iconografía paleo-cristiana de los siglo II-IV» ilustra, con testimonios gráficos que se recogen en la publicación, los esfuerzos de los primeros cristianos por traducir la exégesis bíblica de un pasaje escriturístico en imágenes. En ocasiones, observa Quacquarelli, los artífices cristianos se sirven de los mitos clásicos para transmitir más rápidamente algunos conceptos que debían estar arraigados en los ánimos de todos. La interpretación de estos mitos se realiza en clave cristiana.

José María Blázquez, profesor de la Facultad de Geografía e Historia en la Universidad Complutense, en su trabajo «La reacción pagana ante el cristianismo» presenta sistemáticamente los distintos pasos de la reacción pagana frente al cristianismo en los siglos II a IV y la actitud defensiva de los apologistas cristianos. En primer lugar muestra la reacción anticristiana de la plebe y, en segundo lugar, la de los intelectuales. En la base de estas reacciones hay que buscar una incomprensión profunda de aspectos doctrinales y litúrgicos del cristianismo.

En ocasiones la reacción se convirtió en una persecución abierta que llevó a muchos cristianos al martirio. El prof. Domingo Ramos-Lissón, director del Instituto de Historia de la Iglesia de la Universidad de Navarra, en su trabajo «El diálogo entre el poder político romano y los cristianos, según la literatura martirial de los tres primeros siglos» descubre en las Actas de los mártires la expresión de un diálogo entre el cristianismo y el Imperio Romano. Un diálogo posibilitado por una base lingüística común y caracterizado por la actitud firme adoptada por los cristianos que identificaban fe y verdad. El Autor llega a la conclusión de que eran personas dotadas de un talante dialógico muy notable.

Las tres últimas ponencias están dedicadas a la inculturación de las instituciones políticas y sociales y se circunscriben al periodo en que el Imperio romano adoptó el cristianismo como religión oficial a partir de año 380.

M. van Esbroeck, del Instituto Oriental de la Universidad de Munich, en su trabajo «Bizancio visto desde oriente: de Marciano a Mauricio. Teología y política» presenta el conflicto surgido entre Bizancio y el Oriente a propósito de la diversa recepción de la cristología de Calcedonia como ejemplo del modo en que intereses de tipo independentista y nacionalista pueden dañar el proceso de inculturación. Para Esbroeck, estamos ante dos inculturaciones del cristianismo que se ignoran mutuamente.

Jean Gaudemet, docente en la Universidad de Panthéon Assas, en su comunicación «Derecho romano y cristianismo frente a familia y sociedad» analiza la influencia que el cristianismo pudo tener en la evolución del de-

recho romano en temas como la familia, la mujer y la esclavitud. La conclusión de Gaudamet es que la influencia de la Iglesia sobre la legislación tardía del Imperio Romano fue parcial. En el siglo V, el cristianismo todavía no ha ganado la partida ya que en esta época aún es relevante la influencia de autores paganos. Las cosas cambiarán completamente con las monarquías que sucedieron al imperio de Roma en Occidente.

En la última de las ponencias «La primera cultura cristiana de la muerte en la España tardoantigua», el profesor Orlandis muestra con convicción, ciñéndose a los límites espacio-temporales indicados en el título, que la aparición de una cultura cristiana de la muerte es una de las consecuencias más notables, no sólo en el aspecto religioso sino también desde el punto de vista social, de la conversión del mundo antiguo al cristianismo.

Las once ponencias que acabamos de repasar brevemente, van seguidas de un interesante «Balance final del Simposio» en el que el prof. Albert Viciano, superando la disgregación temática impuesta por la variedad de cuestiones abordadas, lleva a cabo una completa síntesis de lo expuesto en las diversas comunicaciones y subraya las ideas que más iluminan la cuestión planteada en el Simposio: las relaciones fe y cultura en la primera evangelización.

El profesor Viciano pone de relieve que la primera evangelización se caracterizó por una apropiación crítica y selectiva de los elementos culturales —en el plano conceptual, en el expresivo y en el de las costumbres—, que permitió lograr un marco común de diálogo. Dentro de ese marco común se apreciaron a la vez las diferencias y semejanzas de las partes dialogantes. Diferencias que no se nivelaron mediante un proceso de eclecticismo religioso como lo prueba, de modo especialmente significativo, el testimonio de los mártires. Esta conclusión viene a ser, como señala el profesor Viciano, la confirmación de las principales tesis planteadas en la conferencia inaugural por el Card. Paul Poupard.

Pensamos que el interés de esta obra es doble. El especialista de la antigüedad podrá encontrar en sus páginas un abanico extenso de cuestiones sobre el pensamiento, el arte, la política y la sociedad del mundo antiguo, tratados con gran altura científica por algunos de los grandes estudiosos del periodo. Para un público más amplio, el libro ofrece interesantes reflexiones en torno a esa cuestión de permanente actualidad en la vida de la Iglesia que es la inculturación de la fe. Reflexiones, que en el presente trabajo, se presentan como la confirmación histórica de la validez de unos

principios para la acción evangelizadora: los que guiaron la tarea llevada a cabo por los Padres de la Iglesia.

F. REQUENA

Joaquín GONZÁLEZ ECHEGARAY-Alberto DEL CAMPO-Leslie G. FREEMAN, *Obras completas de Beato de Liébana*, Estudio Teológico de San Ildefonso, Biblioteca de Autores Cristianos, BAC Maior 47, Madrid 1995, 953 pp., 15,5 x 23,5.

Con la publicación de las Obras completas de Beato de Liébana, la BAC llena una laguna existente en la bibliografía histórica y teológica. Hasta ahora no habían sido publicadas en un solo volumen sus obras. Si no sólo nos atenemos a la mera publicación, sino que nos fijamos en la seriedad de la edición, es aún más clara la felicitación. Los autores han escogido un texto latino fiable, han realizado una buena versión castellana con introducción y notas, acompañada de reproducciones en color de las ilustraciones de uno de sus más preciados códices: el llamado «Beato» de Fernando I, conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid.

Beato de Liébana, más conocido como San Beato, vivió en la segunda mitad del siglo VIII, contemporáneo de Carlomagno; época del apogeo cultural y de un cierto renacimiento en Francia, pero que repercute en la Europa occidental. Por este mismo tiempo la Península Ibérica está sometida a los emires de Córdoba, que inician un progresivo desarrollo político y cultural que culmina en los siglos IX y X. Sólo en el norte de la Península existía independiente el pequeño reino de Asturias. Dentro del territorio del reino de Asturias, ya en la región de Cantabria, se encuentra la comarca de Liébana al pie de los Picos de Europa. En él tuvo lugar el último episodio de la batalla de Covadonga. En el siglo VIII contaba con varios monasterios, entre ellos el de San Martín de Turieno, hoy llamado de Santo Toribio.

Sabemos poco de la vida de Beato, pues la biografía que publica Migne fue escrita en el siglo XVII y carece de valor histórico. Sabemos que vivió en el monasterio de San Martín, que en el siglo XII cambió su nombre por el de su fundador Santo Toribio; su nombre se repite entre los monjes de tal monasterio en los siglos IX y X. Sí sabemos que se dedicaba preferentemente al estudio de la sagrada Escritura, para lo que contaba con una buena biblioteca. Pero también sabemos que alrededor del 785, antes y después, son años de gran actividad teológico-política para Beato; son los